

Antes de Tiempo

Maria Rosa Fernandez



Capítulo 1

Elena junta los vidrios del vaso roto y mira con desconsuelo la fuente de bizcochos que dejó sobre la mesa, otro postre quemado, tendrán que conformarse con pan con manteca, seca sus manos en un repasador y con un gesto de cansancio se deja caer en un banco de la cocina, el día le resulta agotador. A los pocos minutos de haberse sentado escucha el llanto del bebé, es inútil, no puede tomarse un respiro, tendrá que cambiarle los pañales y darle la mamadera, cuando termine ya estarán los otros dos de vuelta del colegio y comenzará la historia cotidiana de la merienda, los deberes y las peleas de los chicos que están cada vez más desobedientes.

Siente deseos de llorar, con un gesto infantil se refriega los ojos y con una mueca de fastidio se levanta para atender al pequeño.

El cálculo es exacto, apenas termina con él se escuchan las voces estridentes de los varones que desde la puerta piden a gritos el café con leche.

Hace que se laven las manos, algo que lleva mucho tiempo porque los chicos no paran de discutir y jugar sin hacer caso, cuando logra imponerse les sirve la merienda y comienza a revisar las mochilas.

-Tengo que hacer cuentas -avisa el más chico.

-Y yo oraciones sobre el verano, ¿me las hacés vos? -ruega el mayor.

-No, sabés que eso no se hace, yo los ayudo nada más.

-Ufa que mala -es la respuesta entre dientes.

-Así son las cosas -dice Elena -empecemos que tengo que preparar la cena.

La siguiente hora transcurre en silencio interrumpido solo por las voces de los chicos consultando la tarea.

Ella mira con insistencia el reloj, todavía queda tanto por hacer que piensa que no le va a alcanzar el tiempo.

Cuando terminaron los manda a ver televisión para poder continuar, tiene que cocinar y preparar las cosas para el día siguiente, después ayudará a los niños a bañarse y seguramente antes de acostarse tendrá que planchar algo de ropa.

La noche la encontrará agotada, se desplomará en su cama y apenas tendrá fuerza para decir sus oraciones. A la mañana apelará a toda su voluntad para empezar el día, mandar a los chicos al colegio y seguir con la rutina de la casa que no le dá tregua.

Termina de cocinar y continúa lavando, secando y acomodando trastos.

En medio de ese ajetreo se hace tiempo para preparar un té y alcanzármelo con una sonrisa, veo la fatiga en su rostro y eso acrecienta mi impotencia.

No la puedo ayudar, sigo su trajinar desde mi silla de ruedas y me angustia que se esfuerce tanto.

Tengo que hablar con mi hija, ya sé que trabaja todo el día pero le

está exigiendo mucho a Elena y mi pobre nieta cumplió recién trece años.